
La práctica del amor: deseo perverso y sexualidad lesbiana*

Teresa de Lauretis

“**P**ara el ‘no especialista’, la sexualidad es la contribución esencial del psicoanálisis al pensamiento contemporáneo”, escribía Jean Laplanche en 1970 (*Vida y muerte en psicoanálisis*, 27). Un ensayo de una joven estudiosa del cine dice: “Los sujetos homosexuales se rigen por los mismos procesos psíquicos que afectan a ‘todos los demás’ —la única argumentación es que la homosexualidad está dentro del psicoanálisis y cada uno ha contribuido a la invención del otro” (White, “Governing Lesbian Desire”). Encuadro esta introducción a mi estudio de la sexualidad lesbiana y el deseo perverso dentro de dos pretensiones que, además de preparar el terreno a la temática y la metodología de este libro, también delínean la trayectoria histórica y personal de mi trabajo teórico, desde el principio de mi compromiso crítico con el estructuralismo, la semiótica y el psicoanálisis alrededor de 1970, para el que la obra de Laplanche resultó muy valiosa, hasta mi actual actividad pedagógica en el programa de doctorado en Historia de la Conciencia, cuyas recompensas están representadas por el ensayo de Patricia White, graduada del programa.

Entre 1970 y ahora, en conjunción con movimientos sociales anteriores y contemporáneos, el feminismo y el postestructuralismo han abierto el camino al surgimiento del discurso de minorías y a los estudios *gay* y lesbianos como campos de investigación académica y teórica. Concebido desde la posición ventajosa de los segundos, este libro vuelve al psicoanálisis freudiano y la semiótica, a las cuestio-

* Introducción al libro *The Practice of Love, Lesbian Sexuality and Perverse Desire*, Indiana University Press, 1994, de Teresa de Lauretis. Agradecemos a la autora el permiso para su publicación.

nes de representación, subjetividad, deseo y sus relaciones con la significación social y la realidad material que introduje en *Alice Doesn't* (1984) y *La sintassi del desiderio* (1976), pero que ahora vuelvo a centrar a través de lo que denomino la teoría negativa de la sexualidad freudiana, la sexualidad como perversión. Porque en su trabajo a partir de *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) hasta los escritos de 1938 inacabados y publicados póstumamente, las nociones de una sexualidad normal, de un desarrollo psicosexual normal, incluso de un acto sexual normal, derivan de la reflexión pormenorizada de las manifestaciones y componentes aberrantes, desviacionistas o perversos del impulso sexual o pulsión (*Trieb*). Así, por una parte la perversión se presenta como el lado negativo o inferior de la sexualidad, lo que la llamada normalidad sexual contiene y supera. Por otra parte, sin embargo, toda la teoría freudiana de la psique humana, en la que las pulsiones, sus objetos y sus vicisitudes están sobre-determinados por fantasías a la vez sociales y subjetivas, debe sus cimientos y desarrollo a su estudio clínico de las psiconeurosis; es decir, aquellos casos en los que el aparato mental y las pulsiones instintivas se revelan en sus procesos y mecanismos, que están "normalmente" ocultos, si no son inapreciables. En este aspecto, lo "normal" se concibe sólo por aproximación, es más una proyección que un estado real del ser, mientras que la perversión y la neurosis (la forma reprimida de perversión) son las formas y los contenidos reales de la sexualidad.

Releyendo a Freud desde esta perspectiva, frente a las interpretaciones dominantes que han extraído de sus escritos un modelo de sexualidad positiva, "normal", heterosexual y reproductiva, yo busco un modelo de deseo perverso que pueda dar cuenta de la representación del lesbianismo en textos de ficción, cine, poesía y teatro, así como en las interacciones y conversaciones de muchos años de mi vida. ¿Cuál es el beneficio de este tipo de proyecto para una teórica lesbiana? El academicismo lesbiano no ha sido de mucha utilidad para el psicoanálisis. Desarrollados en el contexto político e intelectual del feminismo en las últimas dos décadas, en el "Primer Mundo" euro-occidental, los escritos lesbianos críticos han rechazado típicamente a Freud como el enemigo de las mujeres y en consecuencia se han mantenido libres de las teorías neofreudianas de la sexualidad. Es cierto que la desconfianza feminista por el psicoaná-

lisis tanto como una práctica clínica controlada por los hombres cuanto como discurso social popularizado sobre la inferioridad natural de las mujeres tiene excelentes razones prácticas e históricamente comprobadas. A pesar de todo, algunas feministas han argumentado persistentemente que hay también razones teóricas muy buenas para leer y releer al propio Freud. Tanto más así en el caso de las lesbianas, yo sugiero, cuyas autodefinición, autorrepresentación e identidad personal y política no sólo se basan en la esfera de lo sexual, sino que en realidad se constituyen en relación con una diferencia *sexual* respecto de las formas socialmente dominantes e institucionalizadas heterosexuales.

Esta insistencia en lo *sexual* no pretende de ningún modo (no debería haber necesidad de decirlo) reducir la subjetividad lesbiana a un simple asunto de conducta sexual o actos sexuales, como si éstos pudieran ser aislados de todos los demás aspectos, cualidades, afectos, determinaciones sociales y logros que constituyen a cada ser humano como un individuo complejo y contribuidor único de su cultura (de él o de ella). Tampoco pretende, por lo tanto, elidir o disminuir los efectos simbólicos y materiales de otras diferencias culturales, y sobre todo raciales, en la constitución del sujeto social; por el contrario, subraya el papel central que desempeña la sexualidad en la subjetividad, en los modos en que cada quien entiende y vive su propia vida, como en todas las formas socio-simbólicas, sobre todo en la construcción de "raza" y de género.

¿Qué tiene el psicoanálisis que ofrecer a una teoría de la sexualidad lesbiana? En primer lugar, en la perspectiva de la teoría freudiana de la sexualidad como perversión, el lesbianismo deja de explicarse por el concepto freudiano del complejo de masculinidad. Esta noción asombrosamente perdurable, que redefine la homosexualidad según el molde de una heterosexualidad normativa, ha impedido consistentemente la conceptualización de una sexualidad femenina autónoma respecto al hombre. Además, en relación con el lesbianismo, el complejo de masculinidad tiene poco o ningún poder explicativo porque no logra dar cuenta de la lesbiana no masculina, esa figura particular que desde el siglo XIX ha desconcertado a sexólogos y psicoanalistas, y que Havelock Ellis denominó "la mujer mujeril", el invertido femenino. En segundo lugar, si la perversión se entiende *con* Freud fuera de los marcos moralistas, religiosos o médicos de

referencia, como una desviación de la pulsión sexual de la senda que conduce al objeto reproductivo, es decir, si la homosexualidad es meramente otra senda emprendida por la pulsión en su catexis o elección de objeto, más que una patología (aunque, como todos los demás aspectos de la sexualidad, puede implicar elementos patógenos), entonces la teoría de Freud contiene o implica, si bien por negación o ambigüedad, una noción de deseo perverso, donde perverso significa no patológico, sino más bien no heterosexual o no normativamente heterosexual.

Este libro es una lectura excéntrica de Freud a través de las revisiones de Laplanche, y lacanianas y feministas, con el fin de articular un modelo formal de deseo perverso. Aunque mi argumentación teórica procede del análisis de textos literarios y cinematográficos, y atiende a las modalidades psíquicas y sociales de la sexualidad lesbiana, no excluiría que el deseo perverso podría ser considerado fructíferamente en relación con la homosexualidad masculina o incluso con formas de sexualidad que parece que son heterosexuales pero no lo son del modo normativo o reproductivo. Después de exponer que mi meta es la articulación de un modelo formal, me apresuro a agregar que *formal* no significa infinitamente *generalizable* o válido para cualquiera en cualquier momento, en suma, un modelo teórico con pretensiones *universales*. Como los autores de uno de mis epígrafes dicen de las teorías del deseo en Freud, la única garantía que cualquier teoría puede ofrecer sobre sí misma es exponerse como una ficción apasionada (Bersani y Dutoit). Trataré de recordar al lector, con toda la discreción que se pueda sin ofender las convenciones críticas y estilísticas, que mis especulaciones teóricas y mi lectura de los textos siguen el camino de ladrillo amarillo de mis propias fantasías y la vía no tan real de mi historia personal y de mis vivencias.

Por tanto, si regreso a la autoridad de Freud es en parte porque su trabajo es ejemplar para el modo de teorización que se expone como una ficción apasionada y una práctica autoanalítica; pero también porque, aunque basadas en su propia experiencia como sujeto burgués de sexo y género masculino, marcado racialmente en la Viena del cambio de siglo, sus ficciones apasionadas resuenan en mi vida, para bien o para mal, como en las vidas de otras mujeres de mi cultura y generación. Lo que trataré de articular es cómo la significa-

ción y una cierta elaboración del deseo que se puede leer en la teoría de la sexualidad de Freud se pueden redefinir en relación con lo que *él* no podía imaginar pero otras sí pueden: una subjetividad lesbiana. Por lo tanto, también contemplaré otras ficciones apasionadas y tramas del deseo que, al representar la sexualidad lesbiana, no sólo resuenan en las mías sino que se les aproximan mucho más.

De la lectura de narrativas psicoanalíticas y de otros textos de ficción y críticos, mi argumentación se desarrollará más en forma de diálogo o de meditación dialógica que como un franca exposición. Este progreso será interrumpido por rodeos, desviaciones y argumentos colaterales en el intento de plantear las preguntas que cada texto despierta y que requieren giros temporales de enfoque y dirección. Pero los intereses del libro siguen estando congruentemente a la vista. En la parte I, después de la lectura "perversa" de Freud en el capítulo 1, el capítulo 2 vuelve a trazar el primer discurso psicoanalítico de la homosexualidad femenina a través de los estudios de caso escritos por el propio Freud ("Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica" [1915] y "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina" [1920]), J.H.W van Ophuijsen (1924), Ernest Jones (1927), Jeanne Lampl-de Groot (1928) y Helene Deutsch (1932). Aunque muchos de los textos no han recibido gran atención feminista, "Sobre la psicogénesis" de Freud, en realidad su única historia de caso de una mujer homosexual, ha sido discutido por feministas tanto heterosexuales como lesbianas, lo mismo que la ampliamente conocida historia del caso "Dora" ("Fragmento de análisis de un caso de histeria" [1905]), tal vez siguiendo las huellas de Lacan, que leyó ambos casos juntos en su seminario de 1964. Por lo tanto, algo abruptamente, en un capítulo dedicado a la narrativa clásica de la homosexualidad femenina, introduzco algunos de los temas en juego en el discurso feminista contemporáneo sobre el lesbianismo, que se discutirá extensamente en el capítulo 4.

La parte II introduce el análisis crucial de Laplanche y Pontalis del papel de estructuración de la fantasía en la constitución del sujeto sexual. "Un estímulo instintivo no surge del mundo exterior sino de dentro del propio organismo", escribe Freud (OC XIV); aunque el carácter distintivo de un instinto es que tiene origen en el cuerpo, en la vida mental sólo se puede conocer por su representación o "representante psíquico" (OC XIV). Esas representaciones son

los contenidos de la fantasía, y las formas de fantasía, tanto conscientes como inconscientes, los elaboran y transforman en imágenes y narraciones, desde las fantasías inconscientes que subyacen a los sueños y los síntomas hasta los sueños de vigilia conscientes, ensoñaciones y fantasías eróticas. Estas son las tramas (guiones o puestas en escena) del deseo del sujeto. Inicialmente configurados por las fantasías parentales y después refigurados con nuevo material extraído del mundo exterior, Laplanche y Pontalis argumentan que los contenidos y las formas de la fantasía constituyen y estructuran la vida psíquica del sujeto. Así pues, la fantasía, y no la naturaleza o la biología, es lo que está en el origen de la sexualidad como construcción social además de subjetiva.

De pertinencia particular son las fantasías originales que, como los mitos, “proporcionan una representación y una solución a los mayores enigmas que enfrenta el niño”: la escena originaria, la *Urszene* de Freud, describe el origen del individuo en el coito de los padres; la seducción, el origen y el repunte de la sexualidad; y la castración, el origen de la diferencia entre los sexos (“Fantasía y los orígenes de la sexualidad”, 19). Las fantasías de origen son mitos culturales que tienen una poderosa captación en la subjetividad. Pero no son portadoras de verdades eternas porque están históricamente estructuradas, así como estructuran la historia de cada sujeto: están “más allá de la historia del sujeto pero a pesar de todo en la historia” (18). Es decir, incluso las fantasías originales son susceptibles de transformación a lo largo del cambio histórico y yo acentuaré este carácter dinámico de las fantasías y su capacidad de transformación en relación con las prácticas sociales y representaciones, o lo que llamaré fantasías públicas.

Cada uno de los tres capítulos de la parte II examina una de las fantasías originales tal como se inscriben, remodelan y red despliegan en diversas prácticas textuales. El capítulo 3 está dedicado totalmente al cine. Empieza con una lectura de *She Must Be Seeing Things* (McLaughlin, 1987), una película que describe una relación lesbiana destacando a la vez la interdependencia de la sexualidad y la fantasía en ella (la película refigura literalmente la escena originaria en términos lesbianos) y el problema de su representación, cómo representar el deseo lesbiano a través de códigos cinematográficos imbuidos de presupuestos heterosexuales. El capítulo explora más a fon-

do las dificultades que implica la representación visual del lesbianismo —cómo las películas podrían representar a las “lesbianas” y aun así no logran representar el lesbianismo como una forma específica de sexualidad— y discute los escritos críticos que empañan o minimizan ese problema al dar demasiadas cosas por supuestas o no las suficientes. Después pasa a abordar el tema más amplio de las relaciones entre fantasía y representación, o entre formas privadas y públicas de fantasía, en el contexto de la teoría feminista del espectador y el debate sobre pornografía.

La fantasía de seducción es central a la teoría y la práctica clínica del psicoanálisis. En esta última, una fantasía de seducción mutua sostiene el proceso de transferencia y contratransferencia que es esencial al contrato terapéutico entre analizante y analista, y una de sus condiciones de posibilidad. En la teoría, proporciona una explicación fantasmática del surgimiento de la sexualidad: la fantasía de seducción es como el sujeto se representa inicialmente a sí mismo la percepción de la presión interna de las pulsiones, *imaginándola* (dicen algunos) como si proviniera de afuera en forma de seducción por otro, o respondiendo (dicen otros) a las propias fantasías de la madre y de otros adultos cuando manejan y cuidan físicamente al niño, sean inintencionales o deliberados (incestuosos) sus gestos estimuladores. Las feministas han sido tan críticas de esta teoría de la seducción como de la prerrogativa patriarcal incorporada al contrato psicoanalítico. Pero las objeciones están en contradicción con el interés mostrado cada vez más por las mujeres y las feministas en psicoanálisis como pacientes, interlocutoras, analistas o teóricas, desde tiempos de Freud hasta hoy (el feminismo y el psicoanálisis tienen aproximadamente la misma edad). Propondré en el capítulo 4 que la seductividad del psicoanálisis para las mujeres se debe a que reconoce a la mujer, la histérica, como sujeto de deseo y al poder que garantiza a las mujeres, en el contrato transferencial, el poder de seducir y ser seducidas como sujetos *sexuados* y *deseantes*.

De modo similar, yo especulo que la seductividad del lesbianismo para el feminismo reside en que el lesbianismo figura una subjetividad femenina deseante a la que todas las mujeres pueden acceder en virtud de su relación “homosexual” con la madre. Esto da cuenta del imaginario materno del feminismo, una construcción idealizada o fantasmática en la que la madre, edípica o preedípica, re-

presenta lo que todas las mujeres tienen en común como mujeres, social y sexualmente, incluida una tendencia a la bisexualidad, un patrón fluido u oscilante de identificaciones y elecciones de objeto. Sin negar por un momento que la relación con la madre tenga una influencia fundamental en todas las formas de subjetividad femenina, sostendré que la identificación mujer y el deseo o elección de objeto no forman un continuo, como algunas revisiones feministas de Freud plantearían. La seducción de la metáfora homosexual-materna deriva de la carga erótica de un deseo por las mujeres que, a diferencia del deseo masculino, afirma y acentúa al sujeto de sexo mujer y representa su posibilidad de acceso a una sexualidad autónoma respecto al hombre. Pero en la gran mayoría de los escritos psicoanalíticos feministas (Rose, Doane, Silverman, Sprengnether, Gallop, Jacobus, etcétera), ese acceso está paradójicamente asegurado por el borramiento de la diferencia sexual real entre lesbianas y mujeres heterosexuales. Esto impide la comprensión del lesbianismo no sólo como una forma específica de sexualidad femenina, sino también como una forma socio-simbólica; es decir, una forma de subjetividad psicosocial que implica una producción diferente de referente y significado.

El capítulo 5 analiza la fantasía de desposesión corporal en dos textos que, en todos los aspectos salvo en su desafío militante, están a gran distancia uno de otro: la novela clásica de Radclyffe Hall de la inversión femenina, *The Well of Loneliness* (1928), y la obra de teatro feminista chicana de Cherríe Moraga, *Giving Up the Ghost* (1984). Aunque acentúo las múltiples diferencias entre los dos textos, sugiero que las tramas de fantasía que inscriben están estructuradas de modo similar por una fantasía original de castración, y que esa fantasía es recurrente en otras autorrepresentaciones lesbianas. Pero una lectura sintomática de los textos, debida a la lectura perversa de Bersani y Dutoit de Freud, instiga a reconsiderar el significado de la castración en relación con el cuerpo femenino y del papel del falo paterno en la significación del deseo. Concluyo que el complejo de castración reescribe en lo simbólico como falta de pene lo que es más bien una pérdida narcisista primaria de imagen del cuerpo, una falta de ser que amenaza la matriz imaginaria del ego-cuerpo. De la desautorización de *esta* falta depende lo que yo llamo el deseo perverso y la formación de un objeto o signo tipo fetiche que induce y

significa, ambos, el deseo del sujeto, desplazando y resignificando a la vez el cuerpo femenino que se anhela. Mi lectura de *The Well of Loneliness* a la luz de la descripción de Freud del fetichismo diverge enormemente de los propios puntos de vista de Hall sobre la sexualidad (inspirada en Havelock Ellis) como también de la mayor parte de las interpretaciones feministas de la novela. Y aun así es la lectura de *Giving Up the Ghost* de Moraga o más bien, la lectura de ambos textos juntos, lo que posibilita una lectura perversa de Hall (y de Freud). Porque sólo retrospectivamente, desde un momento en la historia occidental cuando lo simbólico es alterado por la producción del discurso feminista, *gay* y anti-racista ejemplificado en la obra de Moraga, es posible ver la huella de un deseo perverso en la novela ideológicamente conservadora de Radclyffe Hall y seguir esa huella a través de las ambigüedades en la obra de Freud.

El que haya tratado de leer a Freud en el texto de Moraga puede parecer a la vez inapropiado y algo así como una apropiación: inapropiado en vista de la objeción feminista ampliamente proclamada al psicoanálisis como una teoría eurocéntrica del sujeto blanco, de clase media, occidental y moderno, y por lo tanto inadecuada para dar cuenta de las subjetividades postcoloniales y postmodernas de oposición (una notable excepción a este punto de vista es Pérez, "Sexuality and Discourse"). Al mismo tiempo, puede parecer una apropiación de los escritos que inscriben esas subjetividades con el fin de releer y reescribir, una vez más, la historia de ese sujeto femenino blanco, de clase media y occidental. No obstante, al leer a Moraga con Hall y Freud encuentro que el sujeto del deseo perverso no es un personaje de esa historia —su misma perversión le niega la ciudadanía en ese mundo "normal". Ella es parte de otra historia (aún) no escrita, un sujeto sobredeterminado por fantasías que están basadas, por una parte, en historias sociales específicas pero, por otra, abiertas a la movilidad del deseo y a una multiplicidad de discursos, prácticas y representaciones discordantes.

Los modos en que la subjetividad, la fantasía, el deseo y las pulsiones se orientan, estructuran y reestructuran por las imágenes psíquicas y sociales, por tecnologías del *self* así como por la tecnología del sexo (en palabras de Foucault), son el tema de la parte III. Reuniendo los hilos de una argumentación expuesta en cierto modo discontinuamente en los capítulos anteriores, el capítulo 6 elabora

un modelo de deseo que va más allá del complejo de Edipo y a su manera lo resuelve. Serpenteando por obras recientes sobre el fetichismo femenino (Schor, Apter, Grosz) y su relación con las diversas formas de mascarada sociosexual (Riviere, Lacan, Case), la argumentación regresa en círculo a la sugerencia que he extraído de los *Tres ensayos* de Freud y del texto de Deutsch sobre homosexualidad femenina en la parte I —la noción de una sexualidad de instintos componentes que, a diferencia de la perversión polimorfa infantil, incluye pulsiones fálicas y genitales pero, a diferencia de la sexualidad “normal”, no está abocada a una necesaria primacía fálica, genital y heterosexual. Reenmarcada en la perspectiva del deseo perverso, la descripción de la homosexualidad femenina como un “retorno a la madre” parece ser más bien una investidura instintiva en el cuerpo femenino mismo, cuya pérdida o falta el fetiche sirve para renegar. Yo sugiero que esta investidura se manifiesta y está sobredeterminada por prácticas —prácticas de representación así como prácticas específicamente sexuales— que modulan la identidad sexual o, como prefiero decir, la estructuración sexual.

Algunas mujeres “siempre” han sido lesbianas. Otras, como yo, han “devenido” lesbianas. Tanto construcción sociocultural como efecto de las primeras experiencias de la infancia, la identidad sexual no es ni innata ni *simplemente* adquirida, sino dinámicamente (re)estructurada por formas de fantasía privadas y públicas, conscientes e inconscientes, que están culturalmente a disposición y son históricamente específicas. Yo propongo, en el capítulo 7, que la traducción de la fantasía pública en fantasía privada en la sexualidad, como la unión de experiencia individual y significados sociales en la identidad, descansan en un proceso de mediación afín a lo que Peirce llamaba hábito, el término mediante el cual (en *Alice Doesn't*) traté de identificar la articulación semiótica de los mundos interno y externo. Para describir el proceso mediante el cual el sujeto social es producido como sujeto sexual y como subjetividad, considero la sexualidad como una instancia particular de semiosis, el proceso más general que reúne la subjetividad con una significación social y una realidad material. Así pues, las nociones de Peirce de interpretante y cambio de hábito pueden servir para articular el punto de vista privatizado de Freud del mundo interno de la psique con el punto de vista eminentemente social de Foucault de sexualidad,

proporcionando una explicación de en qué modo ocurre la implantación de la sexualidad como perversión en un sujeto, un cuerpo-ego.

Por último, al titular este libro *The Practice of Love* quiero subrayar el componente material y encarnado del deseo como una actividad psíquica cuyos efectos en el sujeto constituyen una especie de hábito o conocimiento del cuerpo, lo que el cuerpo "conoce" o, mejor aún, ha llegado a conocer sobre sus metas instintivas. Al resignificar la demanda de amor, las prácticas sexuales y sociales del lesbianismo pueden (re)orientar efectivamente las pulsiones proporcionando un (nuevo) terreno somático y representacional para el trabajo de la fantasía.

Traducción: Isabel Vericat

Bibliografía

- Apter, Emily, *Feminizing the Fetish: Psychoanalysis and Narrative Obsession in Turn-of-the Century France*, Ithaca, Cornell University Press, 1991.
- Bersani, Leo, y Ulysse Dutoit, *The Forms of Violence: Narrative in Assyrian Art and Modern Culture*, Nueva York, Schocken Books, 1985.
- Case, Sue-Ellen, "Towards a Butch-Femme Aesthetic", *Discourse: Journal for Theoretical Studies in Media and Culture* 11.1 (1988-89), 55-73.
- Deutsch, Helene, "On Female Homosexuality", Trad. Edith B. Jackson, *Psychoanalytic Quarterly* 1 (1932), 484-510.
- Grosz, Elizabeth A., "The Hetero and the Homo: The Sexual Ethics of Luce Irigaray", *Gay Information [Australia]* 17-18 (March 1988):,37-44.
- Jones, Ernest, "The Early Development of Female Sexuality" *International Journal of Psycho-Analysis* 8 (1927): 459-72.
- Lampl-de Groot, A., "The Evolution of the Oedipus Complex in

-
- Women", *International Journal of Psycho-Analysis* 9 (1928): 332-45.
- Laplanche, Jean, *Life and Death in Psychoanalysis*. Trad. Jeffrey Mehlman. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1976.
- Moraga, Cherríe, *Giving Up the Ghost: Teatro in Two Acts*. Los Angeles: West End Press, 1986. Reeditado con correcciones en *Heroes and Saints and Other Plays*, pp. 3-35. Albuquerque: West End Press, 1994.
- Ophuijsen, J. H. W. van, "Contributions to the Masculinity Complex in Women", *International Journal of Psycho-Analysis* 5 (1924): 39-49.
- Peirce, Charles Sanders, *Collected Papers*. Vols. 1-8. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1931-1958.
- Pérez, Emma, "Sexuality and Discourse: Notes from a Chicana Survivor", en Trujillo, pp. 159-84.
- Riviere, Joan, "Womanliness as a Masquerade", en Burging, Donald, y Kaplan, pp. 35-44. [*The International Journal of Psychoanalysis*, vol. X (1929).]
- Schor, Naomi, "Dreaming Dissymmetry: Barthes, Foucault, and Sexual Difference", en Weed, pp. 47-58.
- White, Patricia, "Governing Lesbian Desire: Nocturne's Oedipal Fantasy" en *Feminism in the Cinema*, ed. Ada Testaferri y Laura Pietropaolo. Bloomington: Indiana University Press, 1994.

Películas citadas

She Must Be Seeing Things, Dir. Sheila McLaughlin, 1987.